

# LA ESCUELA QUE QUEREMOS

Guadalupe Jover

*Tras las cosas tal como son hay también una promesa, la exigencia de cómo debieran ser. (Claudio Magris, Utopía y desencanto)*

Quienes tenemos hijos en edad escolar y hemos elegido para ellos la educación pública, lo hemos hecho movidos probablemente por un triple motivo:

En primer lugar, para que crezcan y se formen en un entorno que sea reflejo de la heterogeneidad social, cultural, religiosa de nuestro mundo. Si creemos en la igualdad esencial de todos los seres humanos, nada mejor para transmitir a nuestros hijos ese principio que un marco escolar en el que, efectivamente, todos seamos, aunque diferentes en origen, iguales en derechos y en oportunidades. Nada mejor para ellos –y esto no podemos ofrecérselo en casa– que un espacio en el que trabajen, dialoguen, ríen, jueguen y cooperen con quienes el azar creó diversos.

En segundo lugar, optamos por la escuela pública porque en ella se dan las condiciones para una educación genuinamente democrática. El ideario de la escuela pública lo conforman las leyes que como ciudadanos nos hemos dado, las reglas del juego comunes que nos permiten vivir y caminar juntos. Su horizonte lo marcan la Constitución y los derechos humanos, y no hay instancia intermedia –ni religiosa ni económica– que pueda trazar una línea que deje a unos dentro y a otros fuera de ese proyecto compartido.

En tercer lugar, apostamos por la educación pública porque las condiciones de selección y de trabajo de su profesorado –aunque ciertamente perfectibles– son las que mejor permiten una renovación de la escuela en la dirección que a continuación apuntaremos. La investigación y la innovación educativa están hoy en la educación pública. También, una labor impagable en favor de la cohesión social y del cuidado personal y académico de los más vulnerables.

Este patrimonio es el que intentamos defender y el que hoy está en peligro. Cuando en una sociedad, por las circunstancias que fueren, conviven distintos modelos educativos, la responsabilidad del Estado es garantizar que el modelo público –el único abierto, sin excepción, a toda la ciudadanía–, sea el mejor de todos ellos. Y de esta responsabilidad se está haciendo ahora grave dejación.

Pero junto a la firmeza en la exigencia de esta asunción de responsabilidades a los poderes públicos, tenemos también la responsabilidad como ciudadanos de reflexionar en torno al tipo de educación que deseamos dar a las nuevas generaciones y actuar para hacerla posible. No es esta una cuestión individual sino que compete a toda la sociedad civil.

Siquiera como punto de arranque para el debate, para un diálogo sosegado que tanto se está haciendo esperar, quizá podamos apuntar algunos de los rasgos que pudieran dibujar la escuela que queremos:

**1. Una educación inclusiva** donde no sean unos los “normales” y otros “los diversos”. Son muchas las estructuras de una escuela aún decimonónica y, como tal, homogeneizadora, que hay que transformar.

**2. Una educación intercultural** que, sin renunciar al anclaje de nuestras hijas e hijos en su propia tradición cultural –que es múltiple y diversa–, los abra a una ciudadanía global y cosmopolita, dispuesta a mirar cara a cara los problemas del mundo.

**3. Una escuela laica** que favorezca, precisamente por ello, el respeto a las creencias religiosas de cada uno de sus miembros y la búsqueda, por encima de tales diferencias, de una convergencia tanto en el plano científico como ético.

**4. Una escuela no solo mixta sino también coeducativa**, atenta a revisar críticamente los modelos heredados de lo que significa ser hombre o mujer para acabar así con tantas desigualdades y contribuir a que tanto chicas como chicos puedan construirse como personas sin ver cercenadas parcelas imprescindibles de su desarrollo personal, social y profesional.

**5. Una escuela democrática** abierta a la participación de todos los miembros de la comunidad educativa; donde el respeto, el diálogo y la deliberación argumentada creen los marcos imprescindibles para el aprendizaje y la convivencia.

**6. Una escuela atenta a la innovación y anclada en la tradición**, alerta a cuanto las tecnologías de la información y la comunicación puedan aportar a las formas de enseñar y aprender, a la construcción compartida de conocimiento, al

## LA ESCUELA QUE QUEREMOS

*Guadalupe Jover*

tiempo que se interroga acerca de qué parte de la tradición debemos desprendernos y cuál debemos salvaguardar del vértigo de los tiempos.

**7. Una escuela, en fin, transformadora y liberadora,** que no sea rehén de una pretendida rentabilidad económica y que ponga en el centro de su atención el desarrollo armónico de cada persona y la formación de sociedades más justas y cohesionadas.

Nada de todo esto nos será dado desde arriba. Combinemos, pues, la necesaria denuncia de lo que compete a los poderes públicos, con la energía, el rigor, la audacia y la imaginación que nos permitan construir, entre todos, la escuela que queremos y a la que no estamos dispuestos a renunciar.

---

*Guadalupe Jover*  
Profesora de Educación Secundaria  
y socia de Ciudadan@s por la Educación Pública.

[www.yoestudieenlapublica.org](http://www.yoestudieenlapublica.org)